

HCR
056
R454-rc

No. 170

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION PARA EL HOGAR

SARA CASAL VDA. DE QUIROS, DIRECTORA
SAN JOSE, COSTA RICA, América Central



Doña Ester Guzmán de Acosta



Allá en la bella isla de Cuba, voló al Cielo el alma de esta queridísima amiga nuestra. Sus queridos hijos Alfonso y Tinita la rodearon de todo su cariño, para que su corazón herido por la separación de los suyos no sintiera tanto la eterna despedida. Llegaron ayer los restos mortales de la querida amiga para reposar eternamente en su patria y desde el Cielo verá a todos los suyos y a los que la quisimos con todo nuestro corazón, sumidos en la más profunda tristeza.

SARA CASAL VDA. DE QUIRÓS

Los dientes

Por el Dr. JAS W. BARTON, M. D. - Canadá

Tal vez Ud. no comprende porqué una persona anciana que nunca ha usado un cepillo de dientes tiene la dentadura bonita y tantos jóvenes que se los lavan con cepillo desde la niñez han perdido los dientes a los 40 años. Probablemente es porque ciertas personas tienen la tendencia hereditaria a la mala dentadura. También se debe a los alimentos de diferentes calidades que come la gente de cada clase. Por lo regular la persona que tiene buena dentadura come siempre bastantes frutas, verduras y huevos que son alimentos que construyen la pulpa de los dientes y las muelas; mastican carne y otros alimentos duros y ordinarios que estimulan la circulación no sólo alrededor y en los alvéolos de los dientes sino en las encías.

Nutriéndolos con esa dieta apropiada y lavándolos constantemente con cepillo se evita que se piquen. Lo importante es mantener limpio el esmalte para que no entren partículas de alimentos descompuestos en las picaduras u hoyitos y vayan carcomiéndolos hasta llegar a la pulpa y destruirla.

El punto que resalta es que aun cuando es absolutamente necesario lavar los dientes con cepillo, no basta. Es preciso ir con frecuencia donde su dentista para que le calce las picaduras, por pequeñas que sean; comer diariamente huevos, carne, frutas, verduras y tomar leche para conservar la pulpa en su interior.

(Del Diario Comercial de Honduras)

Doña Bettina de Holst

Frente a LA TRIBUNA

Acaba de recibir gran surtido de géneros de pura lana, ingleses, para sobretodos y vestidos de sastre.—Gran variedad y novedades de juegos de botones con sus hebillas y clips.—Medias de pura seda natural marca «Princesa», magnífica calidad y colores de moda.



¡No espere usted que el resfriado se le agrave para ponerle remedio! En cuanto sienta el más leve síntoma tome

FENASPIRINA



inmejorable contra los resfriados y la gripe

036
R454N
CR Año IV

No. 170

DIRECTORA:
Sara Casal Vda. de Quirós
Apartado 1289
Teléfono 3707
OFICINA: mi casa de habitación
BARRIO: Estación del Atlántico
Avenida 1.ª - Calles 27-29

REVISTA COSTARRICENSE

Publicación Semanal para el Hogar

Bendecida y aprobada por Su Santidad Pío XI
Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica

San José, Costa Rica, 14 de Octubre de 1934

Suscripción mensual
— de —
cuatro números:
₡ 1.00

Santa Teresita del Niño Jesús

SANTA Teresita del Niño Jesús es una santita que hace prodigios como no se han visto en la vida de otros santos. Queremos relatar algo que pasó en Cartago y que recogimos de la propia fuente de los acontecimientos.

Un hogar cristiano, donde se respira la más pura piedad, tenía un hijo de 16 años, joven puro y bueno como un ángel. Leyó la «Historia de un Alma», o sea la vida de Santa Teresita, relatada por ella misma, y desde entonces el joven Vinicio de Sanguillén, amó a la santita de Lisieux con gran entusiasmo; todo lo de la santita le causaba alegría y gozo, los menores detalles de su vida le impresionaban y era tanto el cariño, que a menudo soñaba con la santita.

La madre de este niño es una señora verdaderamente cristiana, y la que se preocupa más por la salud del alma de sus hijos, que de las superficialidades que generalmente preocupan a las madres de hoy día.

Sor Teresita le hizo un gran milagro a esta buena mamá, y en recompensa le ofreció a la santita sembrar muchas rosas en su jardín para ofrecérselas a ella. Y los rosales crecieron, y dieron rosas hermosísimas y fragantes, y se cortan rosas y brotan de nuevo como si Sor Teresita quisiera hacer comprender que desea multiplicar las gracias que está alcanzando de Nuestro Señor, para derramarlas sobre la tierra.

Hace dos años, estando Vinicio frente al jardín, vió pasar una monja; en ese momento estaba a su lado la buena mamá: mira, mamá, una monja que pasa por el jardín, pero la madre no vió nada.

Otro día despierta Vinicio y le dice: mamá, qué lindo sueño he tenido... la Santísima Virgen vino y me acariciaba en la frente, viera qué linda es...

Otro día ve otra vez Vinicio a Santa Teresita, pero del otro lado del jardín; llama la atención de su madre, pero ella no ve nada. Esta vez distingue perfectamente a Sor Teresita, con su gran capa blanca, con su velo sobre la cabeza y una aureola muy delgada y plateada. ¡Qué alta que es Sor Teresita...! le dijo a su madre, y ¡qué linda!

Enferma el niño, soporta con paciencia de santo su enfermedad. Su padre es un buen caballero, pero no era un creyente fervoroso, más bien era un hombre indiferente. El mismo nos daba testimonio de todo y nos decía: después de tanta manifestación no dudo de nada, todo lo que le cuenta mi esposa yo lo testifico y créame, que yo no he sido un hombre verdaderamente piadoso y ahora lo soy.

Sufre el niño fuerte dolor en el pecho, le ponen sobre la parte afectada la reliquia de Sor Teresita que está en una como custodia de metal, bastante grande. La custodia se cubre de gotas de sudor, el padre seca con un papel la reliquia y el papel queda mojado, advierte que la ropa del niño está completamente seca. El niño dice: mamá, el dolor se me ha aliviado, pero Santa Teresita no me curará.

Mandan a Vinicio al Sanatorio; mejora el niño notablemente, pero de un momento a otro se agrava y muere santamente, después de haber recibido todos los auxilios que nuestra Santa Religión prodiga en esos últimos momentos de la vida y que son el consuelo y fortaleza de las almas.

Antes de morir Vinicio, estando en el Sanatorio en un día bellissimo, en Cartago, ve la madre un rayo de luz dorado que entra por la ventana y cae sobre la cama vacía del niño.

Mucho tiempo antes de enfermar Vinicio, siempre aparecía sobre la pared, y en la cabecera de la cama, una sombra como una Imagen de la Santísima Virgen, varias personas se acercan, limpian la pared, nada tiene, y la sombra siempre está. Después desapareció la imagen.

Afligida la madre, llora al lado del lecho del querido Vinicio; éste le dice: mamá, te veo muy apegada a mí, eso no debe ser, no llores, eso es manifestar que no estás contenta con la voluntad de nuestro Dios.

Después que la santita de Lisieux apareció en el jardín, muy amenudo se siente en el jardín y en la casa, olores a incienso y muchas veces hasta se nota el humo del incienso.

Muere el niño y deja a sus queridos padres y dos hermanitos menores en la tristeza más profunda, lloran lágrimas que salen de sus corazones desgarrados por la ausencia del ser querido, que los amaba como sólo saben amar las almas santas y puras como los ángeles.

Tres días después de su muerte, llorando entra la madre al cuarto de Vinicio, y ¡qué sorpresa...! ve en el vidrio de la ventana que da al jardín de las rosas, un negativo que representa a Sor Teresita del Niño Jesús llevando a un niño de Primera Comunión... la madre se asusta y se acerca más a la ventana para darse cuenta del prodigio y ve que es cierta la visión; llama al padre, a la sirvienta, a los vecinos, todos ven el prodigio... eran las nueve de la mañana y se pudo ver hasta las once de la mañana, que fué desapareciendo paulatinamente.

Esta visión, dice la buena mamá, es como una revelación para hacerme comprender que Sor Teresita del Niño Jesús se llevó al cielo a mi hijito para que su alma pura no se perdiera en el fango del mundo.

Nos cuenta la mamá: mis niños no tienen amigos, jamás salen a la calle, no van al cine, así es que gracias a Dios los conservo muy inocentes a pesar de ser hombres. Lástima, pensamos, que esta buena y santa madre no tuviera hijitas mujeres... ella que tiene un ideal tan elevado de lo que es ante los ojos de Dios la pureza del alma del niño, cómo hubiera cuidado el alma de una hijita suya.

Los niños son templos del Espíritu Santo, las madres tienen ante Dios una gran responsabilidad si no cuidan la pureza del alma de sus hijos. Hoy día que las costumbres modernas han paganizado todo, es más difícil conservar a los niños con la pureza de los ángeles.

Desde sus más tiernos años se les exhibe, se les fomenta la vanidad, se les viste casi sin ropita, y tan corto, que da verdaderamente lástima cómo insensiblemente van perdiendo el pudor. La vanidad ciega a las madres, dicen que en los niños no hay malicia...

Para una madre santa, su mayor delicia es conservar a sus hijos puros como los ángeles, para que el Corazón de Jesús se deleite en ellos. Envidiamos a las madres que reciben de Dios predilecciones como la madre de Vinicio. Cuántas veces pensamos en Sor Teresita del Niño Jesús y reflexionamos... todas las madres serían felices siendo la madre de una santita como Teresita... y saber que sus hijitas irán derecho al cielo. ¡Cómo es posible, que las chiquitas que se les acostumbra, casi desde que nacen, al paganismo, se les desnuda, se les fotografía sin ropa, unas veces, otras en vestidos que una Sor Teresita jamás se hubiera retratado. Se les enseña a bailar, desde que tienen apenas uso de razón y no piensan las madres que los niños es lo único que le queda puro a Nuestro Señor, que es una ingratitud robarle a Dios esos templos, donde un día se recreará al entrar en sus corazones.

La norma que las buenas madres deben seguir, es, preguntarse siempre, antes de permitir a sus hijas algo. ¿Sor Teresita se hubiera fotografiado así, se hubiera vestido así, hubiera aprendido a bailar así, a la edad en que yo pongo a bailar a mi hijita? ¿La Santísima Virgen verá con gusto que deje ir al cine a mi hijita? ¿Seré una buena madre como la madre de Sor Teresita? ¿Con la educación que le estoy dando a mi hijita, entrará fácilmente al cielo? Madres, muy estrecha es la cuenta... conservad a vuestras hijas puras y humildes como los ángeles y las haréis felices aquí, y felices en la eternidad.

SARA CASAL Vda. DE QUIRÓS

Doña Ester Guzmán de Acosta

Modelo de esposas, madre cariñosa, hermana afectuosa, amiga incomparable, esto y mucho más fue esta queridísima amiga nuestra. Una amistad sincera nos unió a ella desde nuestros más tiernos años, amistad que fue como un cielo azul sin la menor nubecilla que lo empañara.

Hace cuarenta y dos años comenzó este cariño de hermanas, cariño que nos sirvió de lenitivo en el camino de la vida para consolarlos en nuestros mutuos dolores.

Había alegrías en nuestros hogares, nuestras almas se regocijaban sinceramente, había dolores que desgarraban nuestros corazones, la presencia de la amiga queridísima venía a consolarnos. Hoy, que se fue para siempre, sentimos la soledad en el corazón, ya no tendremos a la querida amiga que nos traiga el bálsamo de su cariño sincero.

Fuimos a despedirla en su viaje de salud, le digimos adiós con el corazón hecho pedazos; cuando el tren se la llevaba recibimos su última mirada, los últimos reflejos de aquella amistad, su último adiós colmado de cariño para nosotras y nos dejó sumidas en el más profundo dolor. Allá en Cartago, donde fue nuestro último adiós, nos entregó dos hermosos ramilletes de rosas que sus amigos le habían ofrendado; llévale a la Virgen de los Angeles esas rosas y pídele por mí.

Una santa y buena madre jamás quiere morir; su esposo, sus hijos, la necesitan; su amor nadie lo reemplaza y más una madre como fue nuestra querida Ester.

Madre como la describe la mujer fuerte del Evangelio, mujer de hogar, ordenada, trabajadora, alejada del bullicio social, su felicidad era su hogar donde reinaba una paz inal-

terable y donde el cariño de todos para todos era el perfume que embalsamaba aquel hogar donde la madre cariñosa supo sostener a todos con su talento, su amor y su alegría.

La caridad era su consuelo, a las puertas de su casa el pobre encontraba siempre no sólo cariño, sino el pan material para mitigar su miseria.

Bello es morir cuando se deja un recuerdo bien fundamentado en los corazones. Todo el mundo la quiso, todo el mundo recibió cariños y atenciones de esta distinguida amiga; pocas damas como ella, por ese don de quedar siempre bien con todo el mundo, ella tenía no sólo cariño, sino regalitos para sus amigos. Cuando llegábamos a su hogar nos agasajaba, nos atendía de mil maneras y así era con todas sus amigas. Aquel corazón bondadoso se derramaba en cascadas de cariño como esas fuentes que no se agotan nunca.

Su tumba la adornarán muchas flores de cariño y sobre esas flores caerán lágrimas de intenso dolor por la ausencia de la amiga querida.

También se elevarán muy sentidas y fervorosas oraciones por el alma de la buena y querida amiga y su recuerdo vivirá eternamente en nuestros corazones.

Para su apreciable esposo don Adán Acosta V., para el distinguido doctor don Alfonso Acosta, para sus queridas hijitas María Cristina, Estercita y Victorita, para sus hermanos y demás familia, enviamos nuestros sentimientos de profundo pesar y pedimos al Corazón de Jesús les dé mucha resignación en tan irreparable pérdida.

SARA CASAL VDA. DE QUIRÓS

Muy entusiasta suscriptor: le suplicamos no prestar su revista, pues le hace daño a ella misma. Piense que un colón mensual es una insignificancia que bien pueden pagar los que se la piden prestada y que no es justo que no paguen por nuestra ardua labor. Si usted le interesa que siga publicándose la revista dígales que se suscriban y será una falta de delicadeza que continúen pidiéndosela prestada.

Muchas señoras nos han indicado las molestias que siempre tienen cuando les piden prestada la revista, y es por ello que hacemos la presente aclaración.

LA REDACCIÓN.



El Angel del Niño Jesús pide que le sea permitido recoger en la tierra abundante mies de almas inocentes antes que las marchite el soplo impuro del pecado.

Respuesta

*¡Oh! de mi infancia Angel hermoso,
Tus ardientes deseos oiré,
Y de los niños las almas puras
En la inocencia conservaré.*

*Encantadores, frescos capullos,
Desde su aurora recogeré;
Y de mi alma a la llama pura
Verás que se abren en el Edén.*

*Con su bella argentina corola,
Más luminosa que luces cien,
Del azul estrellado del cielo
La vía láctea yo formaré.*

*Y pues soy de los campos el lirio,
En mi corona deseo ver
Lirios hermosos, y un albo trono
Con lirios puros me formaré.*

El Angel del Juicio final

*Pronto el día vendrá de la venganza,
Al mundo impuro el fuego abrasará,
Y oirán los hombres todos la sentencia
Que de la boca del Señor saldrá.*

*Nosotros le veremos, de su triunfo
En la luz, no cual niño, aparecer;
Allí proclamaremos su victoria,
Su infinita grandeza y su poder.*

*Esos de llanto y sangre oscuros ojos
Con fulgor inefable brillarán,
Y su adorable faz allí veremos
Rayos de luz espléndida lanzar.*

*Cuando empuñando de la Cruz el cetro
Aparezca en la nube el Salvador,
Por Rey y Juez será reconocido
Del impío en el trueno de su voz.*

*Temblaréis, habitantes de la tierra,
En el día postrero temblaréis,
No pudiendo sufrir la ardiente ira
Del Niño Dios que desvalido veis.*

*Tan sólo el pobre corazón os pide
Quien por vosotros escogió el dolor;
Mas del poder del Dios de las venganzas
Temblaréis en el día del Señor.*

Santa Teresita del Niño Jesús

Patrona de la juventud femenina

Por FRAY REMIGIO DE PAPIOL, Misionero Capuchino

Al finalizar el año 1931, en horas de profundo dolor para los católicos de España, cuando el sectarismo masónico trataba frenéticamente de arrebatar de los brazos maternales de la Iglesia a la infancia y a la juventud, publicamos en Barcelona (*Editorial Subirana*) una obra para la *preservación* moral y la *formación* cristiana de las niñas, según el espíritu de la encantadora y amabilísima «Florecilla» de Lisieux, destinada visiblemente por la Providencia a ser la celestial *Mentora* de la infancia y juventud femenina del siglo XX. El título de la obra explicaba claramente su objeto y contenido: *La Joven Cristiana en la Escuela de Santa Teresita del Niño Jesús*.

Con motivo de la *nueva edición*, recientemente salida a luz, se nos ha invitado por personas respetables a exponer la idea insinuada en dicha obra acerca de la conveniencia de presentar a la «Santita» como *modelo* ideal y celeste *Patrona* de las niñas y jóvenes cristianas.

I

Es doctrina de Santo Tomás que Dios, al escoger a una alma para determinada misión, le concede abundantemente todos los dones de la naturaleza y de la gracia que le son necesarios y convenientes para cumplirla, III, 9, 27, a. 4.

He ahí porqué el dulcísimo Jesús quiso embellecer a su virginal esposa Teresa de Lisieux, con los deliciosos *encantos* que admiramos en Ella y el singular *atractivo* que ejerce sobre el mundo entero: para hacerla apóstol de su amor misericordioso y atraerse por su medio los corazones.

«Lo sé muy bien—había dicho Teresita poco antes de morir—todo el mundo me amará» (1). Los acontecimientos posteriores a su muerte demuestran que la Florecilla habló entonces inspirada por el espíritu de verdad.

No es posible dejar de amar a la «Santita» cuando se la conoce bien. Más de una vez se

ha hecho notar la dulce intimidad que se establece luego entre Teresa y sus devotos. Todos la consideran como su hermana y amiga del Cielo. La sienten a su lado, le hablan como si los acompañara siempre.

Las niñas y las jóvenes, sobre todo, son las que experimentan más de cerca el suavísimo e irresistible atractivo de su hermanita mayor Teresita. No hay niña piadosa, a contar desde los cinco años, que no la conozca y ame tiernamente. Y esto no sólo en España, Francia, Italia, Bélgica y demás países de Europa, sino también en América y en todo el mundo.

Durante mi no corto apostolado en las misiones extranjeras, he ejercido el sagrado ministerio en países de raza, idioma y costumbres hartamente diferentes. Y doquiera he podido observar en las niñas purísimo y ferviente entusiasmo al oír hablar de la Florecilla del Carmelo, y es porque ven realizado en Ella por manera admirable, el ideal de belleza, de pureza y de amor que tanto fascina el corazón femenino.

No hay porqué decir que Santa Teresita corresponde a la simpatía y confianza que le muestran las niñas, haciéndolas objeto de una protección muy singular. Diríase que les tiene reservadas las *rosas* más bellas de su *jardín* del Cielo. Basta recordar que, de los cuatro *milagros* aprobados por la Iglesia para la Beatificación y Canonización de Teresita de Lisieux tres fueron en favor de otras tantas doncellas, devotas suyas.

Pero Teresita no quiere ser amada sino para cumplir mejor su misión de «hacer amar el Rey del Cielo y someterle el reino de los corazones» (1).

¡Cuán fervorosamente aman a Jesús y con qué generosidad le entregan su corazón las niñas devotas de la Santita! Sábenlo muy bien los directores de almas y las profesoras de Colegio.

(1) Carta V a los misioneros (última edición francesa de la *Historia de un alma*).

(1) (*Novissima Verba*, 1 agosto).

¿No sería, pues, un medio eficazísimo para mover a todas las jóvenes cristianas a *amar a Jesús como le amaba Teresita*, el presentársela como su *modelo* ideal y celeste *Protectora*?

II

Conviene estudiar todavía la cuestión bajo otro punto de vista no menos importante.

Está a la vista de todos que el ambiente social moderno es en extremo desfavorable para la preservación de la inocencia y el progreso en la virtud de las jovencitas. Estas, por la índole especial de su corazón sensibilísimo y su inexperiencia de la vida, son las más expuestas a sufrir las consecuencias del lamentable retroceso hacia el paganismo que observamos en las ideas y costumbres de la sociedad moderna.

La primera manifestación de ese neopaganismo es la *deserción del hogar*. La desmedida afición a la calle y a las diversiones públicas ha destruido en muchísimos hogares el amor, precioso e indispensable aglutinante que mantiene unidos entre sí a los miembros de la familia.

El desamor a la vida doméstica hácese más notorio en los *días festivos*. En esos días que—más que los otros—deberían ser *días de hogar*, es cuando éste se ve más desierto: el *padre* en el casino o tertulia, la *madre* devolviendo las visitas, los *hijos* en alguna excursión o en juegos de *sport* y las *hijas* en el cine, en el baile o paseando con las amigas.

Fácil es comprender que las primeras *víctimas* de ese gravísimo mal han de ser las jovencitas. ¿Quiénes como ellas necesitan del dulce retiro del hogar, que las preserve de los peligros que, fuera de él, amenazan a la virtud?

Otro mal gravísimo de que adolece la sociedad moderna es la *inmoralidad ambiente*, esa horrible ola de lujuria que lo invade todo: el arte, el deporte, la moda, las lecturas, los espectáculos, las diversiones, degradando las almas, envileciendo los caracteres, corrompiendo las costumbres, debilitando las energías físicas.

Los efectos de la deshonestidad, siempre desastrosos, lo son especialmente tratándose de jovencitas, no sólo por ser ellas las que más tienen que perder, sino también porque

la pérdida de la pureza en la mujer lleva consigo la ruina moral del hombre y es causa principalísima de la pérdida de la paz doméstica.

Y aun diríase que el blanco de la impiedad en esta obra satánica de desmoralización social lo constituyen precisamente esas delicadas flores en capullo destinadas a ser las vírgenes consagradas a Dios, las esposas y las madres de mañana.

Enrique Heine, el Voltaire del siglo XIX, dijo un día: «Para matar a la Iglesia es preciso apoderarse del niño y *corromper a la mujer*». Convencidos de esta verdad, los enemigos de la Iglesia hacen esfuerzos inauditos para apartar de su salvadora influencia al sexo devoto. Y su principal arma de combate es—después de la escuela laica—infiltrar la sensualidad en el *mundo elegante femenino*, para que desde esa altura descienda a la mujer de condición humilde y, por la mujer, se difunda en todo el cuerpo social.

De ahí esas modas indecorosas, esos bailes lascivos, esos cinemas en los que no puede faltar la nota sensual, esas ilustraciones pornográficas, esos concursos de belleza desmoralizadores, esos deportes impropios de la mujer..., que van pervirtiendo progresivamente a la juventud femenina haciéndole perder el sentimiento del pudor, que es su más bello encanto y más preciado tesoro.

Ahora bien. La pérdida de la pureza lleva consigo la pérdida de la piedad y de la fe. La doncella impúdica no puede ser creyente sincera y menos aún piadosa. Y ¿qué puede esperarse de una juventud sin creencias y sin pudor?

De ese *enfriamiento en la piedad*—el tercer mal gravísimo de nuestra época—se resienten ya no pocas jóvenes de hoy día. Si se generaliza, las consecuencias serán gravísimas para el sexo devoto y la sociedad entera. ¿No es el sentimiento religioso el principal sostén de la mujer en las luchas de la vida? ¿No es el amor de Dios la fuente del verdadero amor y de la abnegación, sin cuyas virtudes no puede la mujer cumplir su difícil misión en la tierra?

Nunca, pues, como ahora han necesitado las niñas y jóvenes cristianas un *modelo* ideal y atrayente de virtud y, a la vez, un especial y eficaz *auxilio* del Cielo. Modelo y auxilio que la amorosa Providencia del Padre Cees-

tial les depara en la gran «Santita» de los tiempos modernos, Teresita del Niño Jesús.

Ella fué *hija y hermana* amorosísima, *ángel* de pureza y *serafín* de amor divino. Su doctrina y ejemplos enseñan y mueven con suavidad y eficacia admirables a sus verdaderas devotas a conservarse puras en medio del mundo y a amar a Dios fielmente, generosamente, infantilmente, como una niña a su buen padre.

Así lo hemos demostrado que la amplitud que el caso requiere en nuestra obra, antes citada, *La Joven Cristiana en la Escuela de Santa Teresita*, a la que remitimos a nuestras piadosas lectoras.

Por aducir aquí siquiera alguna que otra prueba de lo dicho, *el amor de Teresita* a su hogar manifiéstase en esas palabras suyas tan expresivas: «Yo quiero mucho a mi familia. No comprendo a los santos que no aman a la suya» (1).

En orden a la *castidad*, la Florecilla de Lisieux está llamada a hacer un bien incalculable a la juventud femenina con sus hermosos escritos, con los ejemplos de su vida purísima y con su gran poder de intercesión en el Cielo.

No es posible leer atentamente la *Historia de un Alma* sin sentirse el alma confortada por el delicioso aroma de pureza virginal de su angélica autora. El Papa Pío XI, en su discurso del 29 de marzo de 1925, decía: «En un tiempo de vida tan impura y de insolente sensualidad, aparece Teresa del Niño Jesús como una *visión encantadora de candor y de pureza*». La Iglesia atribuye a Teresita un valimiento especial ante Dios en favor del reinado de la pureza en el mundo. La Sagrada Penitenciaría (19 agosto 1929) indulgenció una oración a la Santita en que se le pide que «haga reflorar, sobre todo en la juventud, la pureza angélica» (2).

Y, si hablamos de la *piEDAD*, conocidas son, entre otras, las palabras de Teresita a la Madre Inés (17 julio 1897): «Presiento que va a empezar la misión mía de *hacer amar a Dios como yo le amo*».

Ahora bien. Las enseñanzas amabilísimas y los ejemplos de virtud deliciosamente imitables de Santa Teresita obtendrían su grado

máximo de eficacia para las doncellas, el día en que éstas pudieran venerarla e invocarla por su celeste Patrona.

III

La Florecilla de Lisieux es una santa *contemporánea*, la más moderna de las santas canonizadas. Esto parece darle un título muy especial al amor y a la imitación de las jóvenes de nuestros tiempos.

Al leer la vida de otras santas que pasaron por la tierra como *ángeles* de pureza y *serafines* de amor divino, piensas tal vez, piadosa lectora, que, habiendo ellas vivido en épocas mejores que la nuestra, su ejemplo es menos imitable.

No sucede lo mismo tratándose de Santa Teresita. Ha pertenecido a una familia coetánea. Pasó sus quince primeros años en un hogar parecido al tuyo. Respiró el ambiente moral que tú respiras y halló para santificarse las mismas facilidades que tú experimentas. Ella, pues, te demuestra que, no sólo en otras épocas de fe más viva y de costumbres más puras, sino también en la nuestra, puede una joven aspirar a la más elevada santidad llevando vida virtuosa y edificante en el mundo.

Cierto es que Teresita abrazó después el estado religioso. Pero no dejó para cuando fuera monja el amar y servir a Jesús fervorosamente. Su vida de hogar y de colegio fué toda perfumada por su *candor* infantil, su *pureza* angélica y su *piEDAD* seráfica.

Esas bellas virtudes, que brillaron en la Florecilla con singular esplendor en el claustro, habían embellecido ya su *niñez* y preservado su *adolescencia* de los asaltos del espíritu mundano. Todo cuanto hizo Teresita religiosa, es fácilmente adaptable a la vida de una doncella en la *familia* y en la *sociedad*.

Conclusión

Con este modestísimo ensayo, inspirado por el más ferviente amor a Santa Teresita y a las almas, no nos proponemos sino lanzar una idea que otras plumas más competentes recogerán—así lo esperamos—para *avivar* más y más el deseo general, *latente* en el corazón de la juventud femenina, de venerar e invocar, en día no lejano, por su especial *Patrona* a la Florecilla de Lisieux.

Son muchas ya las asociaciones piadosas y los pensionados de jovencitas que la han es-

(1) *Historia de un Alma*, cap. XII.

(2) *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XXI, p. 643.

cogido por Patrona. Citemos, entre otros, el pensionado de *Port of Spain* (isla de la Trinidad) en América; las «Petites Cadettes» de Port Said (Egipto) y las huerfanitas Wuan (China).

En Italia, «la Acción Católica, tan amada de Su Santidad Pío XI, espera mucho del apoyo celestial de Teresita, sobre todo en su rama femenina» (1).

¡Niñas y jóvenes cristianas! Elevad incesantes y fervorosas preces al Cielo, acompa-

(1) *Almanach des Annales de Ste. Thérèse de Lisieux*, año 1934, ág. 45.

ñadas de pequeños sacrificios, para que el dulcísimo Jesús mueva a la santa Iglesia, a concederos—como ya lo hizo con los misioneros—por especial Patrona a su virginal esposa Teresa.

Interponed en vuestro favor la poderosa y maternal intercesión de la Virgen Inmaculada, cuya *florejilla* predilecta fué la angélica Teresa del Niño Jesús.

«Revista Costarricense» aprovecha la ocasión para recomendar a las madres de familia y maestras cristianas la preciosa obra que Fray Remigio de Papiol acaba de reeditar notablemente aumentada, escrita expresamente para la formación espiritual de las niñas: **La Joven Cristiana en la Escuela de Santa Teresita.**

De venta en la Librería Lehmann

El gran mundo juzgado allá arriba

Por PIERRE L'ERMITE

Aquella mañana, al salir del baile la encantadora señora Camila de Valdepeñas, tan pronto como se metió en su coche, se hizo un ovillo y se agazapó en un rincón, con los pies en el calorífero y la nariz entre las pieles.

—Gastón, ¡no puedo entrar en calor!

—¡Es curioso!—dijo el esposo mirándola fijamente a través del monóculo.

—¿Por qué es curioso?

—Porque has bailado como un trompo; tanto, que todo el mundo me decía en los salones: ¡Qué pronto se ha repuesto su mujer de la operación!... Deja a todos los bailarines tañitos!

—Y, sin embargo, el hecho es que no pudo reaccionar.

—¡Hecho inaudito!

—Oh, no te burles de mí! ¡Estoy helada!

Entonces, viéndola cada vez peor y peor y, juzgando la cosa seria, él pone las manos enguantadas entre las suyas.

—¡Tengo frío!—repite ella, rechinando los dientes. Tengo frío hasta la médula de los huesos!

—¡Qué idea la tuya ir al baile a los 15 días de tu operación!

—Esa *métome en todo* de la señora Cifuentes, es la que tiene la culpa, por haber pretendido que mi operación me iba a dejar hecha un guñapo. ¿Comprendes? ¡Quise probar!

—No cuentas, querida, que estabas, se puede decir, convaleciente...

Pero ella no responde. Sus labios se le han puesto blancos como sus pieles de su «salida

de baile», y aterida, hundiéndose entre los mullidos del coche, no cesa de murmurar:

—¡Dios mío! ¡Qué frío tengo! ¡Qué frío tan grandel!—mientras sus pies patean nerviosamente por el fondo del coche.

Y a tal punto llegó el frío de la señora aquella noche, que murió antes de llegar a su hotel, y en traje de baile, compareció ante San Pedro, introductor a los juicios de Dios.

—Señor San Pedro... Yo soy la señora de...

—El nombre me es indiferente.

—Y yo me he muerto de repente esta noche, pero no sin hacer antes un acto de contrición perfecta.

—¡Bien!

—Como comprenderá usted, para evitarme el infierno. Evidentemente yo no debí ir al baile. Sin embargo, mi confesor me lo hubiera permitido.

—¡¡¡.....!!!

—No iré, pues, al infierno, puesto que he hecho un acto de contrición perfecta! ¿Cómo? ¿Lo duda usted? Pero, Señor San Pedro; eso está escrito con todas sus letras en el Catecismo... No haga aspavientos... Usted me quiere asustar, ¿no es verdad?

—¿Está segura que su contrición ha sido perfecta?

—Ciertamente... Apreté tanto las manos, que las sortijas se me clavaron en la carne.

—Es una prueba.

—¡Dios mío! ¡Qué confesor tan rígido hubiera sido usted!... En cuanto al infierno, estoy

bien tranquila. Por lo que respecta al purgatorio... todavía más...

—¡¡¡.....!!!

—Sí, señor. Yo he bailado por los pobres en los bailes de caridad; he dado mi nombre a un tropel de obras. ¡Espere, espere! He hecho una porción de cosas, incluso pagar muchos cirios. He oído los sermones del Padre R... ¿No ha oído usted hablar del Padre R...?

—¡No!

—¿No?... ¿Aquí no están ustedes al corriente de nada?... En fin... que estoy tranquila.

Cuando San Pedro hubo examinado a fondo el legajo de la señora, levantó sus anteojos sobre su frente, muy arrugada, y la miró, mientras ella repetía siempre:

—¡Oh, estoy muy tranquila!... ¡Lo he calculado todo bien!...

—Pues creo que le costará trabajo salir adelante. Su cuenta no acaba de equilibrarse.

—¿Por qué?

—Muy sencillo. ¿Qué edad tiene usted?

La señora vaciló un instante. En el mundo no se dirigen tales preguntas; pero como San Pedro fruncía las cejas, se decidió, y dijo apresuradamente:

—¿Veintiocho años?

—¡Veintiocho y medio!... Son, por tanto, veintiuno de responsabilidades. Se lo repito... no hay compensación... ninguna compensación.

—De todas suertes, no tiene más remedio que equilibrarse. Allá abajo, en la tierra, yo pasaba por un baúl de devociones.

—¡No se trata de baúles!

—Y mi mismo primo, el señor de Santisteban, me lo repetía a cada instante:

—Querida, tú hubieras debido entrar en un convento.

—No se trata de Santisteban... pues lo repito, no hay compensación.

San Pedro volvió a ponerse las gafas en su sitio, abrió un libro, y con su dedo rugoso, buscó el asiento «Camila de Valdepeñas».

—Por ejemplo, dijo: Veamos el capítulo de buenas obras.

—En cuanto a eso, yo estoy curada en salud.

—...leo: buenas obras. Cifra total en toda la vida: 2.698 pesos.

—Es una bonita cifra. ¡Corren malos tiempos!...

—No me interrumpa... Usted tenía una renta anual de \$ 25.000. De esos 2.698 es preciso rebajar casi dos mil...

—¡Ah! ¿Por qué?

—Dos mil que han sido dados únicamente por vanidad mundana, por necesidades sociales, por el afán exclusivo de quitarse de encima a las gentes... Resta sólo para su vida entera \$ 698, dados más o menos por caridad cristiana.

Y encima tiene su asiento anotaciones, que no vacilo en calificar de mortificaciones y escandalosas:

Sombreros, \$ 7.800; vestidos, \$ 20.100; teatros, \$ 14.900; viajes \$ 35.000; inutilidades varias, \$ 120,999; y comidas, \$ 200.708.

—Sí; ¿pero todo en 21 años?

—Y los \$ 698 consagrados a la caridad, ¿no son también en 21 años?

—Pues, señor, no le entiendo. Nunca mi confesor, y es inteligente, créamelo, me ha hablado de semejantes cosas.

—¡Pobre! Bastante tenía con lo demás de la vida de usted. Ha hecho lo posible para librarla del infierno... Porque respecto a los pecados, se arregló usted unas tragaderas...

—¿Entonces, cree usted que iré al purgatorio?

—Lo creo...

—Pues en este caso todas mis amiguitas deberán estar también en el purgatorio.

Y como un estremecimiento súbito de espanto sacudiera a la pobre criatura, muñeca inútil y vanidosa, en medio de los pingos que había constituido toda su existencia, San Pedro, siempre bueno, a pesar de su apariencia pecadora, arriesgó una palabra de consuelo:

—Hoy la entierran a usted... Habrá mucha gente que rezará por usted.

—¡Ah, no!—exclamó ella llorando. Al contrario... No se ocuparán más que de los trajes, de contar las coronas, de volver a casar a mi marido, de oír la música... Igual hacía yo en ese tiempo... ¿Me dicen siquiera una misa?

—No, el entierro es a las 3.

—Ya me parecía a mí... A medio día les hubiese descompuesto el almuerzo.

No tuvo tiempo para acabar la frase; le había llegado el turno... Toda trémula fue llevada a juicio ante el trono del Todopoderoso, mientras que San Pedro repetía, cerrando el libro de Registro, la sentencia tan grave de Cristo: «Si no hacéis penitencia, todos pereceréis».

El Papa manda y exige la modestia cristiana en el vestir

La Iglesia no se ha opuesto jamás a que cada cual vista como quiera, siempre que en el modo de vestir se guarde la honestidad y no se dé al vestido más importancia que la que realmente tiene. Por tanto, la Iglesia no reprueba las modas cuando éstas se ajustan a los principios de la moral cristiana. Pero no puede menos de reprobarlas cuando, por su forma inmodesta, son una ofensa al pudor y un incentivo de la lujuria, como sucede generalmente en la actualidad.

De ahí que, en todas formas, desde el aviso paternal y el ruego apremiante hasta la increpación más severa, los Obispos en la propia diócesis y los Sumos Pontífices en toda la Iglesia han levantado la voz contra la licencia y procacidad en el vestir de la mujer, y han venido insistiendo en su cruzada por la modestia cristiana, con tanta mayor energía y constancia cuanto han sido mayores los avances de la inmoralidad por medio de la moda impúdica.

Queremos recordar tan sólo algunas palabras de los dos últimos Sumos Pontífices.

Su Santidad el Papa Benedicto XV, en su carta Encíclica de 6 de enero de 1921, escrita con motivo del VII centenario de la fundación de la venerable Orden Tercera Franciscana, hace estas gravísimas afirmaciones:

"Dos son en el día de hoy las pasiones dominantes: el amor desmedido a las riquezas y la sed insaciable de placeres. De aquí la gran vergüenza de nuestro siglo; pues mientras hace continuos progresos en todo cuanto se refiere a las comodidades y refinamientos de la vida, parece que quiere retroceder a grandes pasos hacia la corrupción del antiguo paganismo... Y a este respecto no podemos lamentar bastante la ceguera de tantas mujeres, de toda edad y condición, que, enfatuadas por el afán de agradar, no ven que, con la locura de sus vestidos, no sólo desagradan a las personas decentes, sino que ofenden a Dios. Vestidas de un modo que poco antes ellas mismas habrían rechazado con horror, como hartamente impropio de la modestia cristiana, no se limitan a presentarse en público, sino que ni aún se avergüenzan de entrar tan indecentemente en las iglesias,

de asistir a las funciones religiosas y hasta de llevar a la misma Mesa Eucarística—en la cual se va a recibir el divino Autor de la pureza—el incentivo de torpes pasiones."

Tal importancia concede el Padre Santo a la cruzada en favor de la modestia cristiana, que no duda en otorgarle preferencia sobre tantas otras obras que justamente atraen la atención de los católicos. Y así, dirigiéndose a las Terciarias Franciscanas, les hace una exhortación que bien puede aplicarse a todas las mujeres cristianas:

"Sea vuestro modo de vestir y, en general, todo vuestro porte, un modelo de santa honestidad para las doncellas y matronas; y pensad que de ninguna otra suerte podéis merecer más de la Iglesia y de la sociedad que preparando la enmienda de las costumbres corrompidas. Y si los miembros de esta Orden han fundado múltiples obras de beneficencia para el socorro de los menesterosos, no querrán ciertamente ahora negar los oficios de caridad en necesidades mucho más urgentes que las materiales."

¡Cuán amplio campo de apostolado se abre con estas palabras a las señoritas verdaderamente cristianas que quieren ser dóciles a la voz del Vicario de Jesucristo!

El Sumo Pontífice felizmente reinante, Pío XI, desde su elevación a la Sede Apostólica, no se ha cansado de llamar la atención del mundo cristiano con palabras gravísimas sobre el escándalo de la moda femenina, según lo recordaba últimamente la Sagrada Congregación del Concilio en la Instrucción que, por orden del Papa, dirigió a todos los Obispos el 12 de enero de 1930:

Muchas veces, en repetidas ocasiones, el mismo Sumo Pontífice reprobó con la mayor energía y condenó el modo deshonesto de vestir que hoy es costumbre aun en las mujeres y jovencitas católicas; lo cual no sólo ofende gravemente al decoro y a la gracia femenina, sino que convierte, desventuradamente, en daño temporal de las mismas mujeres, y, lo que es peor, en ruina eterna para ellas y para los demás. En efecto, el 26 de mayo de 1925 decía a las alumnas de las religiosas del Sagrado Corazón: "Queremos advertir a las mujeres cristianas sobre un punto

que hondamente Nos preocupa. Aun las más jóvenes no podéis ignorar la pena de todos los Pastores de almas y de los últimos Sumos Pontífices con motivo de la moda inmodesta. Nosotros mismos hemos tenido que cerrar las puertas de Nuestra casa paterna a aquellas hijas nuestras que, siendo buenas en todo lo demás, no tenían aquel sentimiento de la modestia imprescindible en la mujer, y mucho más en la mujer cristiana”.

A los peregrinos de Desio, su pueblo natal, decía el Padre Santo en 30 de agosto del mismo año: “Recomendamos a las señoras, especialmente a las jóvenes, aquella modestia en el vestir, aquella delicada pureza, que es tan substancial en la vida cristiana, que las antiguas mártires, hasta en la arena del Coliseo y en la misma presencia de las bestias, que estaban a punto de devorarlas, se preocupaban de guardarla.”

Aludía el Papa a la Santa mártir Perpetua, quien al rasgar las fieras, en sus primeras acometidas en el anfiteatro, sus vestiduras, no se preocupaba sino de cubrirse con diligencia, cuidando más de su pudor que de su vida.

El 28 de octubre del mencionado año alentaba con las siguientes palabras a las delegadas de la Unión Internacional de Ligas Católicas femeninas:

“Nos hemos notado en vuestro programa... la lucha que os proponéis emprender con dignidad y firmeza contra la moda inmoral, que es una verdadera ignominia para un gran número de mujeres que se llaman cristianas, y deshonran el nombre cristiano.”

Tan en el corazón lleva el Santo Padre este punto, que en sus discursos a los predicadores de Cuaresma y a los Párrocos de Roma, en 1926, les encarga con toda insistencia traten en sus predicaciones de este asunto urgentísimo y trascendental.

En 1926 les decía: “La indecencia en el vestir es una verdadera vergüenza para la dignidad, no sólo cristiana, sino aun humana; y, sin embargo, hay mujeres que pretenden concordarla con la profesión de la fe cristiana. He ahí una lamentable inconsciencia por la que los cuerpos cristianos se convierten en cuerpos de meretrices, como decía San Pablo. Este es un mal contra el que nunca los predicadores levantarán bastante la voz”.

En 1929 insistía una vez más en las mismas ideas y recomendaciones:

“La primera cosa que todavía Nos aflige mucho después de tanto decir y predicar por

todas partes y que nos avergüenza como a Vicario de Jesucristo, ya que avergüenza a Nuestro Señor y Redentor, es la desvergüenza de muchas desgraciadas señoras y señoritas que, esto, no obstante, se llaman y quieren ser llamadas cristianas. Cuidad de persuadir con paternal bondad, con paciencia e insistencia, a tantas infelices, que son esclavas de una moda indigna de países civilizados, cuanto más de países cristianos; a tantas pobrecitas que sienten su propia esclavitud y se horrorizan de ella, pero que no tienen valor para levantarse contra una tiranía que explota su vergüenza como el negrero explota la sangre de los esclavos, en esta nueva y verdadera forma de trata de blancas. Pero estigmatizado, con el fuego de vuestra apostólica palabra, a tantas desvergonzadas que, no sólo no sienten la ingratitud de sus costumbres, sino que aún se glorían y se jactan de ella.”

En su Encíclica «Misericordissimus» (8 de Mayo de 1928) sobre la Reparación universal debida al Sagrado Corazón de Jesús, el Papa Pío XI incluye, entre los grandes pecados del tiempo presente que necesitan repararse, el olvido del pudor cristiano en la vida y, principalmente, en el vestido de la mujer. Y luego, en el Acto de Reparación, puesto al final de la Encíclica, que debe rezarse públicamente cada año en la fiesta del Sagrado Corazón, señala Su Santidad, como el primer pecado que es menester reparar, la inmodestia y deshonestidad en las costumbres y en el vestido.

La gravedad de este pecado puede deducirse de las penas que señala la Iglesia contra las que de él se hacen culpables en la Instrucción que, por orden del Papa, dirigió a todos los Obispos la Sagrada Congregación del Concilio el 12 de Enero de 1930: «Las niñas y mujeres que usen vestidos inmodestos no sean admitidas a la Comunión, ni para madrinas en los Sacramentos del Bautismo y de la Confirmación, y, si se diere el caso, se les impida hasta la entrada en los templos.»

Estas penas—las mayores que impone la Santa Iglesia a los fieles después de la excomunión—deben hacer reflexionar seriamente a las niñas y jovencitas sinceramente cristianas.

(De *El Reinado Social del Sagrado Corazón*)

Nota de la Redacción: ¿Benedicirá y aprobará el Santo Padre Jefe Supremo de la Iglesia—a quien debemos obedecer como representante de Dios—las veladas infantiles con bailes paganos, aunque sean para fines caritativos, después que dan normas en el vestir tan terminantes como las de este artículo?

Recetas de Cocina

A cargo de doña DIGNA CASAL DE SOLARI, Profesora graduada en Bruselas

ARROZ A LA ALEMANA

Se lava media libra de arroz y se deja un rato en agua fría, se escurre bien y en seguida se pone a cocinar en leche hasta que esté suave, se retira del fuego; con una cuchara de madera y en una fuente se bate una cucharada de mantequilla hasta que esté bien espumosa, se le agrega una a una tres yemas de huevo, en seguida se le agrega un cuarto de libra de jamón crudo cortado en tiritas, se agrega esto al arroz y se mezcla despacio y se deja enfriar; se baten las claras a punto de nieve, y se mezclan muy despacio con lo anterior; se unta un molde de tubo en el centro y se espolvorea con miga de pan tostado y molido finamente, se echa el arroz en el molde, teniendo cuidado de no llenarlo mucho porque esta preparación crece al cocinarse. Se mete al horno con calor regular hasta que esté dorado, se saca del molde y se coloca en un platón; se sirve con sustancia de carne o con salsa de tomates, o con salsa blanca, según el gusto de cada persona.

GALLETITAS SALADAS

Se mezcla media libra de harina con una cucharada bien llena de mantequilla y se le va agregando poco a poco leche tibia hasta formar una pasta que se pueda amasar; se deja en un lugar tibio tres horas, luego se extiende con el bolillo hasta dejarla de medio centímetro de gruesa, se pica la pasta con un tenedor y se cortan las galletitas con dife-

rentes moldes. Se ponen en cazolejas untadas de manteca, se meten al horno con calor regular hasta que estén doradas.

BANANOS A LA CREMA

Se escogen bananos bien maduros, que la cáscara esté pecosa. Se cortan en rueditas delgaditas. Se bate un vaso grande de natilla fresca hasta que esté espumosa, sin cortarse, en seguida se le agrega poco a poco azúcar molido, al gusto, y moviendo despacio con una cuchara, en una fuente de cristal se coloca una capa de bananos y encima una capa de la crema batida y así se continúa con todo, procurando que la última capa sea de crema. Se adorna con fresas enteras y se sirve.

La felicidad de dos hogares

Don Gonzalo Ortiz Martin y su distinguida esposa doña Isabel Martin Tinoco han recibido del cielo una preciosa niñita que será la dicha de sus papás. Que Dios se la conserve por muchos años.

Don Jorge Blanco y su apreciable esposa doña Delia Campos de Blanco han completado su dicha con la llegada de su primer hijito. Que Dios se lo conserve por muchos años.

Para ambos hogares nuestras sinceras felicitaciones.

Azahares

Enviamos nuestros mejores deseos de felicidad para los muy apreciables jóvenes don Horacio Núñez y la señorita María Isabel Chinchilla, quienes formarán un hogar que será todo dicha, pues Isabel reúne lo que se necesita de virtudes para hacer la dicha de un joven tan honrado y caballeroso como el que ha elegido para compañero de la vida.

Pedimos al Corazón de Jesús que derrame todas las bendiciones de su hogar.

¡Oíd lectores!

El día en que los ricos, y aun los hombres de mediana fortuna, se convenzan de que tienen obligación sagrada de dar una buena parte de sus caudales al periódico católico, habrán dado el primer paso para defender, con eficacia, la sociedad amenazada y sus propios intereses materiales en gravísimo peligro. Sin dinero no hay Prensa. Sin Prensa quedáis a merced de un enemigo cruel que sólo piensa en desposeerlos de todo y en hacerlos víctimas de su odio implacable.

LUIS VEUILLLOT.

La Conversión de Eva Lavallière

(Continuación)

Sin duda Eva expuso su situación al Arzobispo, quien desde este momento se convierte en su guía espiritual.

¿Esta nueva dirección reanimó en Eva el deseo de la vida monástica? Es probable. Sin embargo, cualesquiera que hayan sido las promesas de Monseñor Lemaitre a este respecto, tuvo que convencerse que con tan deplorable salud, el momento no era propicio para la entrada en religión. Era indispensable ante todo que recobrará sus fuerzas.

Después de una estada de seis semanas en Guethary, Eva se dirige a Marcella para asistir a un retiro predicado por Monseñor. A pesar de los vivísimos dolores causados por una caída de una roca, Eva responde al llamado del Arzobispo y llevó a cabo un largo viaje de dieciocho horas en un coche de tercera, repleto de soldados. ¡Cruel contraste! Ella que no hace mucho decía:

—Yo no sabía siquiera tomar un boleto de ferrocarril. Un compartimento reservado me esperaba siempre... lleno de flores!

Eva esperó haber llegado a Marsella para contar a su Padrino los últimos acontecimientos.

Lo vemos (a Monseñor), casi todos los días durante largas audiencias. Nos ha hecho rehacer nuestra confesión general y... nuestra suerte está en sus manos. Leona ayer lo ha visto sola y ya sabe a qué atenerse. En cuanto a mí, que estaba enferma, lo veré mañana. En todo caso sabemos que ha llegado la hora de ponernos verdaderamente en camino—en el camino del sacrificio y de la expiación. Y estamos listas... Escribame bajo doble sobre y en el de la dirección ponga: «Madre Adeodat. Superiora de las Madres Blancas, Misioneras de N. Sra. de Africa, Boulevard Longchamps», pues se acabó Lavallière.

Terminado el retiro, el Arzobispo regresa al Africa y Eva permanece todavía algún tiempo en Marsella, de donde escribe a la Madre F.

Mi querida Madre F.

Su buena carta, como siempre, me ha dado calor al corazón. Yo tampoco la olvido, ni la olvidaré nunca, si Dios lo permite. ¿Lo que es de nosotras? Yo estoy muy enferma, con

nefritis crónica, dolorosa, incurable: al menor choque, frío, grippe... se acabó. He ahí la respuesta de Jesús, en el momento en que Monseñor le pedía ardientemente cuál era mi camino. En ese momento, tuve una angustia espantosa, pero no duró mucho, después he sido inundada de una alegría sin igual, y lo estoy siempre!

Leona se queda conmigo hasta el fin; después Monseñor dispondrá lo que convenga; es su hija espiritual como yo y estoy tranquila, por su suerte. Durante la ausencia de Monseñor, que navega hacia el Soudan, hemos sido confiadas al R. P. Eymieu. No sé si Ud. ha leído algunas de sus obras. Es considerado por los que lo leen, como un «genio», y por los que lo frecuentan, como un santo. Estas son las manos admirables en las que estamos confiadas. Confiese que verdaderamente Jesús nos mima.

En este momento estamos en Marsella, pero vamos a partir de nuevo para buscar un rincón soleado, pues el doctor lo exige para mí. Pero es muy difícil encontrar a la vez el sol, la casa y la iglesia. Cuando se encuentra una cosa, falta la otra.

La Superiora de las Madres Blancas aquí decía ayer que yo estoy haciendo mi Purgatorio con una maleta en la mano, y esto es verdad. En fin, yo me abandono por completo a Dios. Tengo confianza en El, lo demás poco importa.

Mi querida Madre, ruegue mucho por mí para cuando lleguen las horas de gran crisis, de sufrimiento. ¡Oh, sí! necesito grandemente sus oraciones; tengo tanto miedo de mí misma, de mi cobardía!

Mi querida Madre, la abrazo en Jesús, con todo mi corazón, y Leona también.

Eva Lavallière

(Continuará)

DE BUEN HUMOR

La señora.—¿Cómo? ¿Pierde Ud. una camisa y la pone a cuenta?

La lavandera.—Es que la perdí cuando ya la había lavado.

Redimida

(Continuación)

Parecía que cuanto se apresurase sería poco para llegar cuanto antes al lado de su padre, el único ser capaz de disipar con la serenidad de sus palabras todos los fantasmas, todas las sombras, todas las preocupaciones que desde la noche anterior bullían en su imaginación.

Nada de particular le había ocurrido en el concierto; todo se había desarrollado de la manera más normal y corriente... Sin embargo, ella había vuelto de la fiesta presa de una extraña turbación.

¿Dejaría el trato con las gentes esas inquietudes, esas agitaciones secretas? Sin duda alguna, porque nunca había experimentado nada parecido.

Durante su corta existencia transcurrida en el alejamiento de toda clase de distracciones no habían tenido cabida en su alma otros pensamientos que el de Dios, el de su padre, sus queridas maestras y sus compañeras de colegio.

Hubiera querido pensar, recogerse dentro de sí misma... La charla incesante de la buena mujer que tenía a su lado le impedía entregarse a sus reflexiones.

A ella le importaba bien poca cosa el cúmulo de detalles que le refería la anciana sirvienta, pero ésta había tomado a pecho la tarea de contarle todo al menudeo.

—Le diré en primer lugar, señorita—decía la incansable charlatana,—que mi familia ha dado varios guardianes al castillo de Blois. Yo, aquí donde usted me ve, he nacido en el ala Luis XII del castillo y no todo el mundo podría decir lo mismo. El recuerdo de la reina Claudia ha quedado muy vivo en el castillo. Al lado de los armiños coronados de la reina Ana de Bretaña, del puercoespín de Luis XII, de la salamandra de Francisco I, que fue su esposo, se encuentra por todas partes su cisne atravesado por una flecha y las tres C entrelazadas que recuerdan su nombre y su divisa: «Cándida candidis», que quiere decir, según parece, «Pura entre las puras» o algo que se le acerca... Mi padre, a quien Dios tenga en su santa gloria, que sabía mucho de literatura, contaba que había sido la flor y la perla de

las damas de su siglo, que no se la llamaba más que con el nombre de la «buena reina» y que después de su muerte se la consideró como una verdadera santa. Y esta es la razón, señorita,—agregaba la buena mujer enternecida,—de que mis padres quisieran que yo tomase su nombre en el bautismo. ¡Pobre mujer!... creo que no fue muy feliz. ¡Ah, si las piedras de ese castillo pudieran hablar, qué historias nos contarían!... Yo la llevaría un día para que viera todo eso... El guardián actual es sobrino mío, y él le dará todas las explicaciones. Es un muchacho muy instruido y tiene una lengua que se pinta sola para esas cosas...

Marga asintió con un signo de cabeza a la amable proposición de su acompañante, y con el fin de escapar a la importuna verbosidad de la buena mujer, agregó con dulzura:

—Ya estamos cerca de papá... Usted puede volver a casa. Yo iré sola hasta donde él se encuentra.

Stanislas Michel se había dado cuenta de la proximidad de su hija.

Hacia un momento había dejado descansar sus pinceles y con los ojos fijos en la ciudad, que bañaban los rayos de un sol próximo ya a su ocaso, parecía sumido en un doloroso ensueño.

Las viejas viviendas alineadas a ambos lados del río, reflejaban sus tejados de pizarra en las aguas serenas del Loire, a las que los rayos del sol arrancaban reflejos nacarados.

A la izquierda, el castillo dominaba con su masa imponente el ábside del más puro estilo gótico de la Iglesia de San Nicolás y las estrechas callejuelas que se abrigaban bajo su sombra.

A la derecha, la catedral levantaba su pesado campanario por encima del jardín del Obispado, cuya terraza dibujaba una línea de árboles de adorno.

El Loire estaba liso como un espejo. Ni una sola embarcación surcaba en aquel momento sus aguas en todo lo que alcanzaba la vista. Hubiérase dicho que no estaba allí para otra cosa que para reflejar las hermosas nubes rosadas que vagaban por el cielo po-

niendo en las serenas aguas del río inquietantes reflejos de ópalos...

Algunos ruidos lejanos: la campana de un tranvía, voces de gentes que conversaban en la otra orilla, turbaban apenas la serenidad de esta hermosa tarde primaveral...

Marga se encontraba ya cerca de su padre.

Nunca hasta aquel momento habíase sentido la joven conmovida de una manera tan intensa por la expresión de desaliento que se leía en aquel rostro que no se creía observado.

Estaba surcado por arrugas profundas. Cerca de las sienes, las venas abultadas se retorcían como serpientes; la boca, sumida sobre la mandíbula desgarnecida, se contraía en un pliegue de tristeza.

Los largos cabellos sedosos que se agitaban suavemente, movidos por el vientecillo de la tarde, tenían reflejos plateados.

Lo que había de más notable en aquella fisonomía eran los ojos. En ellos se adivinaba un mundo de cosas ignoradas, pero infinitamente dolorosas que parecían adormecidas en su fondo como en un océano que hubiera visto numerosos naufragios.

Marga no pudo resistir el pensamiento de que su padre tenía una pena que ella no compartía, y con la espontaneidad encantadora que era uno de los rasgos distintivos de su carácter, echó a correr y fue a arrodillarse cerca de él sobre la hierba, que en aquel lugar crecía en abundancia.

—Papá—dijo con voz que hacía temblar la emoción,—¿qué tienes esta tarde? ¿Estás, acaso enojado con tu pequeña Marga? Aquí la tienes y ahora vas a sonreírle... No es verdad, papá, que vas a sonreír a tu Marga?

Un estremecimiento involuntario sacudió al anciano, como suele ocurrir a quien bruscamente es despertado de un sueño. Luego pasó afectuosamente un brazo por el cuello de su hija y lentamente, con una especie de religioso fervor, sus labios descoloridos se posaron sobre la frente alabastrina de la joven, que se alzaba hacia él.

Y no le fue costoso encontrar la sonrisa que le reclamaba.

¿No era ella, acaso, la alegría, el consuelo, la luz de su vida? La joven tenía razón.

Cuando él se encontraba triste, era señal de que su hija no se hallaba a su lado.

Y bien, querida mía—exclamó el anciano casi alegremente;—¿te divertiste mucho en el concierto de ayer noche? Yo tenía un dolor tan grande de cabeza que no me sentí con valor para hacerte muchas preguntas, y esta mañana estuve tan absorto en el trabajo que no he tenido tiempo para escucharte, como habría sido mi deseo.

—Papá—contestó la joven sonriendo al recuerdo,—todos han sido muy buenos para conmigo y creo que es a ti a quien debo esas amabilidades. Yo pasé la velada al lado de la señorita Mónica de Pierrelongue, una joven a quien había visto ya en la casa de la señorita de Longpré... No es lo que pudiera decirse una muchacha linda, pero su conversación la hace muy simpática.

—He sabido—dijo el pintor—que el sobrino de la señorita de Longpré tuvo el honor de ofrecer el brazo a mi pequeña Marga...

La joven se ruborizó.

—¿Quién te ha contado eso, papá?

—El mismo señor de Longpré. Mientras tú regabas esta mañana tus flores, recibí su visita. Desea recibir lecciones de acuarela. Pero yo dudo un poco de su talento para la pintura. Para obtener éxito en el cultivo de un arte, es preciso observar mucho, reflexionar, y ese joven me parece estar dotado de una ligereza de espíritu incompatible con las largas meditaciones.

El rostro de Marga se coloreó un poco más de lo que estaba. Pensaba en el cumplimiento que Norberto había murmurado a su oído y que había sonado en él de una manera chocante y turbadora. Nunca habían llegado a sus oídos palabras de admiración para su persona expresadas de una manera tan directa. En este terreno, toda la experiencia de la joven se reducía a las simples exclamaciones admirativas que habían llegado a sus oídos en las raras ocasiones en que su padre la había llevado consigo a pasear por los bulevares.

Stanislas Michel había vuelto a tomar sus pinceles. Mediante algunos toques en que se adivinaba una mano maestra terminó el primer plano: el río de ópalo con irisaciones rosadas.

—Papá—exclamó la joven sin poder contenerse y todavía de rodillas sobre la hierba,—¡qué bien has conseguido trasladar al lienzo ese efecto de luz! Sería imposible hacerlo mejor.

—¡Cuánto sentiría, hija mía—replicó bondadosamente el pintor,—que tus palabras fueran exactas! Un artista no debe detenerse en su trabajo hasta el momento en que ha llegado al punto en que empieza a decaer. Un símbolo de esto lo tenemos en el rosal, que al mismo tiempo ostenta flores ya marchitas, otras en pleno desarrollo y finalmente algunas en botón. Cuando él se dé cuenta de que ya no existen más corolas frescas para abrirse, debe detenerse, resignarse al olvido y al silencio y dejar su lugar a los jóvenes, a los que comienzan la vida, a los que se encuentran todavía en condiciones de dar flores... Su propia dignidad impone este sacrificio al artista.

¡Hasta qué extremo amas tu arte, papá!—exclamó Marga, presa de fervorosa admiración.

—Después de Dios y de ti, él ha sido el sostén y el alivio de mi propia existencia. He amado tanto las flores, los campos, el cielo y el agua, todas las obras sublimes del Creador, que muchas veces al contemplarlas, he llegado a olvidar las tristezas de la tierra.

—Por eso, sin duda alguna, amo yo tanto a los árboles, y a las flores...—exclamó la joven como si hablara consigo misma.

—¿No eres tú, acaso una florecilla—dijo el anciano mirando extasiado a su hija:—la Margarita de las margaritas? Ahora reía mientras daba algunos toques oscuros al castillo que se levantaba en silueta azul sobre el cielo claro... La acuarela estaría terminada enseguida.

Marga se había sentado sobre la hierba y tenía las manos cruzadas sobre sus rodillas dobladas. Por encima de sus cabezas, los álamos que bordeaban la orilla del río se estremecían en largas ondulaciones, con las que se inclinaban hacia el sol, casi desaparecido, como si quisieran darle un adiós supremo.

—Papá—dijo de pronto la joven,—quería hacerte una pregunta. ¿Crees que los sueños de la niñez pueden dejar en la memoria una impresión de realidad?

—Acaso. Pero ¿por qué me preguntas eso?

—Imagínate, papá, que cuando pienso en el tiempo en que yo era una criatura, me veo siempre en una habitación de vastas dimensiones, de techo muy alto, en la que hay mucho calor... En un rincón hay una enorme estufa calentada al rojo... En el suelo una gran piel de oso blanco que me mete miedo...

Fuera, todo está cubierto de nieve... Cuando salgo, me envuelven como si fuera un paquete... No veo absolutamente nada, pero me siento transportada a gran velocidad a través del campo, y esta doble sensación de calor y de velocidad me es muy agradable... Cuando trato de recordar otros detalles no consigo evocarlos en mi memoria... Todo se me embrolla... De lo cual deduzco que he soñado esas cosas en otro tiempo, y hace ya mucho por cierto.

—¿Y hoy cómo te han vuelto esas ideas a la cabeza? ¿Quién ha despertado en ti esos recuerdos?—interrogó el pintor, que miraba a su hija con cierta inquietud que trataba de disimular.

—Esa princesa extranjera a quien oí cantar anoche—contestó Marga sin notar la preocupación que se reflejaba en el rostro de su padre.—Ella ha evocado mi extraña y ya casi olvidada visión de interior tibio y de campiña blanca... Papá, ¿habré estado en Rusia cuando era muy pequeña?

—No, hija mía.

—¿Dónde, entonces? ¿Dónde he podido ver todo eso?

—En Polonia. Mi familia es originaria del gran ducado de Varsovia.

—Papá, nunca me habías hablado de eso.

—¿Para qué había de hacerlo? ¿Para poner en tu vida algo de la sombra del pasado, mi querida? ¡Pobre mi país amado, tan desgarrado, tan pisoteado por los vencedores! La Rusia y la Prusia se han disputado sus jirones. Kosciusko, nuestro gran héroe nacional, cayó hace ya un siglo gritando: «Finis Poloniae»... Y sin embargo, Polonia vive todavía... Todavía palpita y se estremece y guarda intactos su fe y su patriotismo... Los renegados le serán siempre odiosos...

La voz de Stanislas se había enronquecido ligeramente.

Marga se levantó de un salto.

—Papá, te estás resfriando. La brisa refresca y sube del agua una ligera neblina... Vámonos.

El pintor no protestó y se puso a colocar sus tubos de colores en la caja que le servía de receptáculo. Hecho esto, cerró el parasol, inútil en el momento presente en que el sol empezaba a desaparecer en el horizonte.

Soliloquios de San Francisco de Asís

Por LOPE DE VEGA

De la comedia «El Serafin humano»

Dulcísima esperanza de mi vida,
dame a sentir las ansias de tu muerte,
aunque de pena el ánima despida.

¿Qué duro pedernal, qué bronce fuerte,
qué rebelde materia a hierro y fuego
en cera no se muda y se convierte?

¡Dulcísimo Jesús, yo estaba ciego;
yo estaba ciego, Vida de mi vida,
pues no te abrí, cuando llamaste, luego!

¡Oh voluntad, sin mi Jesús perdida!
¿Qué amabas tú, que mi Jesús no fuese
de tinieblas del mundo oscurecida?

¿Es posible, mi Dios, que no te oyese
Francisco, cuando Tú dabas suspiros
porque la puerta a tu hermosura abriese?

¡Vida del alma, yo sentí tus tiros
en mi cama acostado alguna noche,
y no dije: «Señor, ya salgo a abriros!»

Salía el sol en su dorado coche,
y hallábaos a mi puerta suspirando:
Francisco, ¿sufres tú que Dios trasnoche?

¡En los inviernos, en mi calle, helando,
tu regalado cuerpo, y yo durmiendo,
muerto y amortajado en lienzo blando!

¡Qué amores dulces estarías diciendo
a una bestia del campo, a un ignorante:
Abre, Francisco, que me estoy muriendo!

¡Oh corazón, más duro que el diamante!
No amabas a Jesús, ¿qué es lo que hacías?
¿Quién ha visto ternura semejante?

¿Sabías que era Dios, o qué sabías?
Pero después acá que le conoces,
¿en qué pasas las noches y los días?

Responde, corazón (así le goces):
¿Quieres bien a Jesús? ¿Cómo le quieres?
Responde si le quieres, dilo a voces.

¡Voces, voces, Francisco, ingrato eres!
Loco me tienes, dulce Vida mía,
y hago bien, si a tu vida me prefieres.

¡Oh, qué leche te dió tan dulce el día
que te puso a su pecho mi Cordero,
esa abejita blanca de María!

¡Qué sabroso que estás! Mañana espero
(perdona, que el amor es atrevido)
darte mil veces y comerte entero.

La vida es un sueño

Por CALDERON DE LA BARCA

(Monólogo de Segismundo)

Sueña el rey que es rey y vive
Con este engaño mandando,
Disponiendo y gobernando,
Y este aplauso que recibe
Prestado en el viento escribe;
Y en cenizas le convierte
La muerte. ¡Desdicha fuertel
¡Que hay quien intente reinar
Viendo que ha de despertar
En el sueño de la muerte!

Sueña el rico en su riqueza
Que más cuidados le ofrece;
Sueña el pobre que padece
Su miseria y su pobreza;
Sueña el que a medrar empieza;

Sueña el que afana y pretende;
Sueña el que agravia y ofende;
Y en el mundo en conclusión,
Todos sueñan lo que son,
Aunque ninguno lo entiende.

Yo sueño que estoy aquí
De estas prisiones cargado,
Y soñé que en otro estado
Más lisonjero me ví.
¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión,
Una sombra, una ficción,
Y el mayor bien es pequeño;
Que toda la vida es sueño
Y los sueños sueños son.

EL SANTO DE CADA DIA

LIBRO PRECIOSO E INSUSTITUIBLE
PARA LAS FAMILIAS CRISTIANAS

Indicadísimo para toda biblioteca por la extraordinaria abundancia de sus ilustraciones de proclamado mérito artístico, con explicaciones detalladas y descriptivas al pie. Cada vida comprende 10 páginas y 2 grabados.

3800 páginas - 738 ilustraciones - 6 tomos artísticamente encuadrados, ₡ 50.00

De venta en la

LIBRERIA LEHMANN & CIA.

Gmo. NIEHAUS & Co.

DEPOSITO PERMANENTE DE

AZUCAR de Grecia, Hacienda «VICTORIA».
» de Santa Ana, Hacienda «LINDORA».
» de Turrialba, Hacienda «ARAGON».
ARROZ de Santa Ana, el mejor elaborado.
ALMIDON, marca «Rosales», Hacienda «PORO».
Calidades Insuperables - Precios sin competencia
Al por mayor — Al por menor
APARTADO 495 - TELEFONO 2151

COCINAS ELECTRICAS THERMA

EXHIBIMOS ULTIMO MODELO

FERRETERIA

Clemente Rodríguez Hijos

Teléfono 2073

CLINICA DENTAL

Dr. PERCY FISCHER Dentista Americano

DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Ofrece al público métodos modernos en sus servicios profesionales

Rayos X, Dentaduras de Hecolite, material nuevo que imita el color natural de las encías.

Teléfono 3105 - 25 v. al N. del Carmen

Use bombillos

EDISON MAZDA

The Costa Rica Electric Light
& Traction Co., Ltd.

Departamento Comercial
Distribuidores

Inculque a sus hijos la buena costumbre del
AHORRO

El Banco Internacional de Costa Rica

cooperará en ello mediante el servicio de su

SECCION DE AHORROS

que pone a la disposición de usted.